

CAPÍTULO XIV

Después que se hubo marchado su hija, la señora de Savignat esperó un momento y llamó.

Un criado con frac negro, el mayordomo de la casa, antiguo mozo de oficinas en la época de los negocios, se presentó tan pronto como si hubiese estado de centinela á la entrada del gabinete.

—Cierre usted la puerta, Lorenzo—ordenó la patrona.

El criado obedeció.

Era un hombre como de cincuenta años, bajo, grueso y cuadrado de espaldas, de aspecto honrado y servicial, con la cara afeitada y la mirada viva.

—¡Lorenzo!—dijo la señora de Savignat:—estoy cansada de ver á mi hija triste y llorando de la mañana á la noche.

—¿Por culpa del señor marqués?

—Por lo que quiera que sea. Por culpa del señor marqués, tal vez: nos hemos equivocado, y es preciso atajar el mal.

Lorenzo sabía escuchar, y miraba fijamente á su ama, tratando de adivinar su pensamiento.

—Para remediar el mal, hay que conocerlo—continuó ella.—Quiero, pues, en dos palabras saber lo que hace mi yerno todos los días, adónde va, qué sociedad frecuenta, y las casas en que pierde su tiempo y su dinero. ¿Se le puede seguir sin que lo note?

—Sí, señora, con algunas precauciones...

—Necesito un hombre seguro; usted, por ejemplo, Lorenzo.

—Pero á mí me reconocerá el señor marqués á treinta pasos.

—Se quedará usted á cincuenta, y eso es todo.

—Si la señora lo manda...

—Y me dará usted cuenta de sus pasos.

—Bien, señora.

—No economice usted nada, si necesita tomar datos reservadamente: ¿me comprende usted?

—Perfectamente. ¿Cuándo debo empezar?

—¿Cuándo? Ahora mismo; cuanto antes mejor.

Y añadió para sí misma la señora de Savignat:

—Así no esperará mucho ese buen Peyral.

Luego, tomando un rollo de monedas de oro de un cajón, se lo dió al mayordomo y le dijo:

—Para los primeros gastos; y no lo economice usted. Quiero saber—añadió con autoridad;—y lo que quiero, lo quiero bien.

Lorenzo no lo ignoraba, pues desde hacía más de

treinta años que estaba al servicio de los Savignat, conocía y á fondo la energía de la patrona que ordenaba este espionaje, como en otro tiempo hacía un pedido de piedra á la cantera, ó contrataba sacos de yeso ó de cemento para una construcción.

—Vaya usted, Lorenzo—dijo,—y entremos en campaña.

El marqués esperaba, en efecto, con impaciencia en su saloncito á Elena.

Tenía el respeto de las deudas de honor; y él, que á poder, hubiera hecho esperar diez años al zapatero ó al sastre, pagaba en el acto sus deudas de juego.

Hasta entonces, aunque la fortuna le iba abandonando y se retiraba de él poco á poco, como una marea que baja, nunca le habían faltado recursos. Primeramente, desde su juventud había tenido siempre bienes considerables á su disposición, y tiraba la fortuna como quien deja correr el agua de una fuente, pensando que el manantial no ha de agotarse nunca. Se agotó, sin embargo; pero entonces había encontrado en la fortuna de los Savignat un nuevo filón que explotar, del cual había dado cuenta en cinco años.

Sin duda que la marquesa era rica y continuaba poseyendo sus magníficas fincas, defendidas por las precauciones de que el señor Peyral las había rodeado, como una fortaleza á la cual protegen murallas y rastrillos; pero ni aun la misma

marquesa podía disponer de su capital, y, en caso de pérdida imprevista é importante, no podían serle de ninguna utilidad, puesto que el señor Chapuzet, su administrador general, después de haber tenido la debilidad de adelantar grandes sumas á cuenta de las rentas, negaba nuevos anticipos, tanto por prudencia cuanto por no disgustar á su poderosa cliente la suegra del marqués, que así lo deseaba.

Por otra parte, la finca de Avoise acababa de ser vendida y no había ya medio de tomar dinero sobre ella, y la señora de Savignat, que, en caso de una catástrofe, hubiera podido ayudarle, declaró que su caja estaba cerrada como la de Chapuzet.

El marqués, pues, tiranizado por sus dos pasiones, la que sentía por las mujeres, y que ahora se reconcentraba por completo en la señora de Peyral, y su terrible afición al juego, se daba cuenta exacta de que le habían rechazado hasta su última trinchera, y, cuando la noche anterior, Elena le había dicho «ten cuidado, es tu honor el que arriesgas», le había sacudido un estremecimiento, cruzando por su mente la idea de que era ya tiempo de poner orden en su vida.

Lo que su mujer se había atrevido á decirle, se lo había dicho él mil veces, y tenía algunos momentos de lucidez en los cuales parecía un caballo desbocado que se para de pronto, estremecido,

al borde de un precipicio; pero bastaba un espulazo, un capricho del conde Pablo, su ángel malo, ó el encuentro de alguno de sus amigos de otros tiempos que permanecían solteros, como Tallerrande ó de Fresne, para que se lanzase otra vez á la carrera.

Cuando Elena entró en el saloncito, su marido, que estaba apoyado sobre la chimenea, la acogió con esta interrogación:

—¿Qué hay?...

La joven le entregó el *cheque* firmado por su madre, diciéndole, tan friamente que atajó las palabras de agradecimiento que iba á pronunciar su marido:

—Ya sabes que es el último.

Y añadió en el mismo tono:

—¡Ah! Una noticia.

—¿Cuál?

—Avoise está vendido.

El marqués palideció de vergüenza y guardó silencio.

—El barón se quedó con la finca por complacencia—añadió Elena.—No queriendo mi madre pagar tus deudas, era el único medio, y yo no la he pedido que te conserve ese último resto de tu fortuna porque creo que no debes apreciarlo en mucho cuando por dos veces te has expuesto á perderlo. La escritura estará lista mañana, y, al otorgarse, el barón te entregará cien mil francos

que mi madre ha conseguido para ti. Es lo último que puedes esperar de nosotros.

Y diciendo esto pasó á su cuarto, cuya puerta cerró.

El marqués tuvo aún un segundo psicológico á su disposición. Elena se ahogaba de pena, y, si su marido se hubiese arrojado á sus pies, hubiese obtenido un perdón que tal vez deseaba otorgarle; pero dejó pasar ese momento, no sin alguna vacilación. Los cien mil francos de su enemigo secreto le deslumbraban.

—¡Bah!—pensó.—Es poco para tentar á la suerte, pero lo bastante para ser libre algunos meses... Después ya veremos.

Un instante después, su victoria le llevaba, arrogante, con una rosa en el ojal y la sonrisa en los labios.

CAPÍTULO XV

El marqués no era un hombre ordinario, afortunadamente para él y aceptaba los desagradados á que le exponían su frivolidad y su ligereza con una gran filosofía.

Entregado por completo á la impresión del momento, pertenecía á la pasión, que, más fuerte, triunfaba durante una hora en aquel corazón vulnerable.

Libre de sus preocupaciones de dinero, gracias á la generosidad de su suegra, no pensó ya más que en los medios de recobrar á su antigua amante.

Era, en verdad, tentadora, aunque tal vez hubiera podido librarse de su encanto y de la seducción que de ella se desprendía, como el perfume de una flor, un hombre á quien antes no hubiese amado: no era éste el caso del marqués, porque nada iguala al frenesí de un amor mal apagado por las contrariedades que separan á los amantes.

Cuando este fuego se aviva, algunos meses ó algunos años más tarde, por una aproximación que hace brotar la chispa, el incendio es mil veces más violento. Por lo demás, el marqués no dudaba de llegar á sus fines. Es difícil que una mujer no ceda al hombre á quien ha dado las primicias de su amor, para el cual no tiene secretos, y que se arroja á sus pies rogándola que le conceda favores que ya ha gozado y contra el cual el pudor, vencido una vez, no la defiende.

El marqués tenía demasiada experiencia para ignorar esto, y se prometía que la señora de Peyral, á pesar de sus juramentos, se dejaría convencer y no provocaría con sus rigores á un antiguo amante, cuyas audacias podrían perderla.

Ésta fué una desgracia para él. Dominado por este retroceso de pasión en el cual entraba de todo; deseo avivado por la presencia continua de aquella hermosa mujer; celos envidiosos al verla en poder de otro; amor propio ajado y, en fin, un deseo de represalias contra el hombre que suponía su adversario natural y encontraba frente á él en todas partes, olvidó lo que debía á la marquesa, como de costumbre, sin sospechar siquiera que sólo deseaba salvarle.

En cuanto á la señora de Peyral, cuando el marqués se hubo marchado, pudo respirar y entregarse á la reflexión; el peligro había pasado; pero la audacia de su amante le aterraba, y veía

desvanecerse sus tres años de tranquila felicidad, de los cuales sólo le quedaba el recuerdo, y que en un instante se perdían en las profundidades del pasado, como una puesta de sol que se esconde tras de las montañas ó se precipita en los profundos abismos del mar.

En adelante, preveía la lucha entre ella y aquel amo que en otro tiempo se dió voluntariamente.

Durante sus cortas relaciones con él, cuando buscaba una afección, un apoyo, dispuesta á entregarse por completo, sin cálculo ni otro móvil que distraer su soledad, no había tardado en replegarse sobre sí misma, herida por la sequedad de corazón de aquel egoísta que ni aun se tomaba el trabajo de disimular sus vicios, vanagloriándose, por el contrario, de ellos, y ahora se sentía en peligro, á pesar de las protestas de cariño con que velaba sus amenazas.

Sentía realmente asco al pensar que en aquel cuarto, donde ella encerraba su dicha; en aquella casa que pertenecía al hombre generoso á quien se lo debía todo, hacía un momento que otro hombre cínico le había hablado de amor como á una perdida, proponiéndole una traición, una infamia, y que se había visto obligada á bajar la cabeza ante aquel hombre que tenía en su poder las pruebas de una falta que se arrepentía amargamente de no haber confesado, y cuyo peso caía todo so-

bre ella. Su honor, su porvenir, su tranquilidad, todo estaba á merced del marqués.

Continuaba inmóvil en el mismo sillón en que se sentó para escribir la dirección grotesca que su antiguo amante le había dictado, con la frente inclinada sobre el *secrétaire* y sus dedos crispados entre sus cabellos, cuando sintió sus manos delicadas cogidas por otras de hombre, y una cabeza que se inclinaba sobre la suya, al mismo tiempo que su marido murmuraba en su oído:

—No temas, soy yo.

Era, en efecto, el señor Peyral, y el corazón de la joven dió un salto en su pecho al pensar que algunos minutos antes hubiera sorprendido al marqués violando aquel retiro íntimo que jamás debía pisar.

¿No valía más acaso decirlo todo, confesar sus faltas, que vivir constantemente en la más horrible inquietud, en continua alarma, y por fin, ¡quién sabe!, tener tal vez que soportar las insolencias de aquel amante que pretendía reinar de nuevo después de haberla abandonado por su sola voluntad?

Á esta idea levantó hacia su marido los ojos, que estaban húmedos y que brillaban por la fiebre.

El abogado notó con sorpresa su expresión temerosa.

—¿Qué tienes?—la preguntó.

—¿Yo?—dijo ella con un estremecimiento.—Tengo miedo.

—¡Miedo! ¿De qué?

—Tengo miedo—repitió ella lentamente—de que se acabe nuestra felicidad.

—¡Extraño temor, que no me asalta! Yo no temo á nada en el mundo si no es á perderte, y espero que te conservaré toda mi vida, porque, en el orden natural de las cosas—añadió con su acostumbrado buen humor,—yo soy el que debe morir antes, ¡y lo más tarde posible! ¡Lucharé, qué carambal...

Y la llevó hacia el diván diciendo:

—Que nunca sea mi vida mejor ni peor que es hoy, y en el resto de la humanidad no habrá un solo hombre que me inspire envidia. Jamás he estado mejor inspirado que el día en que subí á tu buhardilla, que me parece ver aún con su cretona alegre y el perfume de tus veinte años.

—Veinticuatro—dijo ella.

—¿Crees tú eso? Me parece que echó mal la cuenta el sacristán de tu pueblo; si ahora mismo no tienes más que veinte, ¿cómo es posible que tuvieses veinticuatro en aquella época? Siempre los tendrás á mis ojos; no me interrumpas: ya he perdido el hilo de mi discurso por culpa tuya.

—¡Oh! Un abogado de tu talento...

—Decía, pues, que jamás estuve mejor inspirado que cuando fui á pretenderte, porque ni soñada puede haber una compañera más buena, más cariñosa y mejor que tú. No tengo ni un solo mo-

mento de mal humor ó impaciencia de qué acusarte, y si San Pedro, el portero del Cielo, no te abre de par en par las puertas de la gloria, le pondré pleito. Así es que, cuando comparo nuestro modesto hogar con el de nuestros opulentos vecinos, me parece que el uno es el paraíso y el infierno el otro.

—Eso es precisamente lo que me da miedo.

—¿Por qué?

—Porque soy demasiado feliz.

En un arranque de entusiasmo la levantó como si fuese una pluma, la estrechó sobre su corazón henchido de elocuencia, como solía decir en sus accesos de alegría, y dijo:

—¿Vámonos á paseo?

—Aun no—murmuró Matilde, preocupada é indecisa.

¿Debía turbar aquella alegría, arrancar á aquel hombre la absoluta confianza en que vivía? ¿Y para hacerle saber, qué cosa? La historia vergonzosa de una debilidad cuyo solo recuerdo hacía brotar amargo llanto á sus ojos. ¿Cómo empezar esta lamentable confesión? ¿De qué modo convencer á aquel marido, tan locamente enamorado, de que había tenido amores con el marqués sin quererle? Y, sin embargo, era verdad, pero presentía mil objeciones.

¡Si creyese—los corazones amantes tienen esas locuras—que las relaciones no se habían inte-

rrumpido! ¡Si fuese á caer en la terrible obsesión de los celos, y atando cabos; las audacias del marqués, sus maquinaciones, sus apartes con ella, llegase á creer que, falsa y disimulada cuando debía hablar, lo hacía ahora sólo por ocultarle una parte de la verdad y engañarle mejor!

¡Ah, no! Era imposible; no podía hablar, porque entonces aquella vida tranquila y dichosa quedaría rota en mil pedazos, como un vaso que se arroja contra el suelo, y sería sustituida por otra de desconfianza, de temor, de quejas y de riñas.

¡Y si, lo que era peor aún, su marido fuese á suponer que no era aquélla su única aventura, si llegase á creer que no se había dado, sino vendido! ¡Si quisiera conocer detalles y profundizar aquel asunto, como los demás, saber dónde y cómo habían ocurrido las cosas, someterle á un interrogatorio como un juez, cuyos derechos tenía!

Tendría entonces que confesar también aquellas noches de orgía en los gabinetes del Café Inglés con los amigos que el marqués invitaba, y que el señor Peyral encontraba en sociedad, hasta en casa de la señora de Savignat, el barón de Talle-rande, el conde de Fresnes y otros; de modo que, aun cuando perdonase, la existencia en París no sería tolerable.

¡Estar expuesta á cada paso á sonrojarse delante de los testigos de su vergüenza! Jamás lo sufriría su marido.

Todas estas reflexiones, confusas y rápidas, pasaron en un momento por su acalorada imaginación.

En suma: lo que comprendía, sobre todo en aquel fugitivo instante, es que iba á matar, no solamente su felicidad, á la cual se aferraba con la desesperación de un náufrago al madero que le sostiene, sino también la de su marido, y que todo se destruiría en un instante, desapareciendo, para nunca más volver, aquel sueño de dicha en que vivía hacía ya tres años.

Su angustia era tan visible, que el abogado la observaba en silencio sin alcanzar á comprender la causa, y, estrechando las manos de su mujer, las sentía temblar entre las suyas como en un acceso de fiebre.

Por fin levantó Matilde la cabeza, y fijando en su marido una triste mirada murmuró, como si cediese á una fuerza superior:

—No, es imposible; no puedo, no puedo.

El señor Peyral, con su clarísima inteligencia, sufría una especie de sobresalto, preguntándose, en el perfecto conocimiento que tenía de las miserias humanas, si aquella extraña turbación no ocultaría uno de tantos misterios cuya confidencia recibía diariamente; pero, rechazando la duda que le asaltaba, se dijo á su vez: «es imposible», y, volviendo á sentarse al lado de su mujer, trató de tranquilizarla.

—¿Qué es lo que tienes?—dijo con cariñosa solicitud.—Nunca te he visto así.

—No lo sé—murmuró ella.

—¿Sufres?

—Sí, de un malestar repentino:—y llevó la mano á la cabeza.—Aquí—añadió, dichosa de que se le hubiese ocurrido aquella mentira.

—¿Desde cuándo?

—Desde hace algunos días.

—¿Y me lo ocultabas?

—Por no alarmarte.

—¿Quieres que se llame á un médico?

—¿Para qué? Ya se me ha pasado.

El señor Peyral lanzó un suspiro de satisfacción.

—Ibamos á salir—repuso;—pero si lo prefieres...

—Al contrario—replicó ella vivamente.—Vamos. ¿Tienes coche?

—Sí.

—Pues pronto, mi abrigo y vámonos.

Se envolvió apresuradamente en una capa de pieles, se puso una capota, tanto más elegante cuanto que era obra suya, y en un momento estuvo lista.

Acababa de tomar una resolución: la de luchar con todas sus fuerzas, de extremar sus cuidados para con su marido y defender aquella felicidad á la cual no quería renunciar.

Al pasar por delante de un espejo vió, por rápida mirada, su imagen pálida como la cera, y se dijo:—No puedo: es superior á mis fuerzas.

Dos minutos después, una berlina de alquiler les llevaba hacia la calle Real y los Campos Eliseos.

El señor Peyral estaba inquieto y reflexionaba. Era la primera vez que Matilde parecía experimentar una emoción ó incomodidad de importancia, y al atravesar la plaza de la Concordia le dijo tímidamente:—¡Qué susto me has dado!

Matilde quiso borrar aquel instante de duda, y, acercándose al oído de su marido, le murmuró con acento de profunda ternura:

—Entonces, ¿es que me quieres mucho?

—Sí, te quiero...

—También yo te quiero—le dijo ella,—y te juro quererte siempre, y sólo á ti; pero quisiera vivir lejos del mundo, los dos solos, en un rincón del paraíso... ¡qué sueño!

Su marido la atrajo hacia sí, y, sin preocuparse en lo más mínimo de los transeúntes que le veían por las ventanillas, la besó con pasión. Luego, mirándola bien de frente, vió que tenía los ojos enrojecidos y que resbalaban por sus mejillas dos lágrimas, que recogió con sus labios, diciendo:

—¡Las pagaría con mi vida!

CAPÍTULO XVI

El barón de Nollet había recobrado sin la menor dificultad la posesión de su legítima propiedad, gracias al perdón tácito y magnánimo concedido á la hermosa rubia que llevaba su nombre y se prestaba á encantar sus ocios. Para administrar completa justicia á cada cual, debemos consignar que las relaciones de la baronesa con el marqués de Avoise no habían tenido más base que la curiosidad. Bien es verdad que casi siempre ceden las mujeres á ese sentimiento, engañadas por las redes que les tienden los hombres, como caen engañadas por los espejos las alondras.

La baronesa no era lo que puede llamarse una mujer de pasiones: se ocupaba con preferencia de modas, de reuniones, de bailes y de teatros.

Las modistas, las sombrereras y las visitas á los grandes almacenes ocupaban una gran parte de su vida, y, una vez terminada esta tarea, le quedaba muy poco tiempo para el amor, si puede

darse este nombre á las efímeras intrigas en las cuales una mujer de posición tiene tanto qué perder y nada qué ganar.

La baronesa había pensado, en un día de aburrimiento ó de lluvia, que no era posible circunscribir los deseos de toda la vida á las distracciones que procura la intimidad de un hombre de negocios, preocupado constantemente con los números y el movimiento de sus capitales, y como consecuencia de este pensamiento profundo había probado á estudiar seriamente las alegrías que se pueden obtener de un hombre de la buena sociedad lanzado en el torbellino de una existencia de placeres y voluptuosidades refinadas y misteriosas.

Al escoger al marqués para esta experiencia, no obraba sin reflexión. El banquero y el pródigo eran los dos polos opuestos del juicio y del desorden, de la inflexibilidad y de la gracia; así es que esperaba encontrar en aquel devaneo dichas inefables; pero le bastaron pocos días para sufrir el mayor de los desengaños, como sucede comunmente á los extraviados en busca de placeres desconocidos, que la mayoría de las veces les proporcionan, sin encontrarlos ellos mismos, y por una ley natural de contrastes, á medida que el marqués perdía en su estimación, el marido se realzaba á sus ojos, no tardando en advertir que el encanto de una aventura de ese género no valía el trabajo que costaba y los peligros á que expone, pues la última escena de la comedia pudo

degenerar en drama, con un hombre de otras condiciones que el barón.

Este desenlace tuvo por resultado el decidir á la baronesa á una formalidad definitiva y á una expiación cuyos beneficios recogía el banquero.

Á partir de aquel día, sólo tuvo un deseo: borrar las huellas de aquella corta aventura, de modo que no quedasen pruebas ni documentos con los cuales pudiera entretenerse la crónica escandalosa; y tenía tanto más empeño en ello, cuanto que su marido, con una malicia excusable en su situación, la enteraba diariamente de los reveses de fortuna y contratiempos de su antiguo amante.

Así, pues, el hombre de negocios ofreció á su mujer con alegría triunfante la última finca, la tierra patrimonial de su rival.

—Afortunado en amores...—le dijo al darle la noticia.—Es el último resto del naufragio: de hoy en adelante, las mujeres tendrán que quererle por su linda cara.

Luis Nollet dejó comprender, además, que, á menos de una conversión milagrosa en los anales del juego, el marqués corría á su perdición como si fuese presa de un vértigo. Se enajenaba el amor de su mujer y se atraía el odio de su suegra, con la cual, el día en que viniera una mala racha en el juego, no le quedaba más que un recurso, «inútil decir cuál, puesto que es hombre de buena raza, añadió el banquero saboreando su venganza. Es

seguro que no soportará un desastre que atente á su honra como caballero».

Una noche contó á la baronesa, mientras comían, que sus amigos del club, Tallerande y otros, aseguraban que coleccionaba los retratos y las cartas de sus amantes, y que tenía tantas como aventuras se atribuyen á D. Juan Tenorio.

Esta colección debía estar en un entresuelo que el marqués había conservado, á pesar de su matrimonio.

—¡Dios sabe—añadió—lo que se descubrirá en aquellos cajones, si acaba mal, ó su suegra descubre el nido!—Éste era un aviso indirecto, y la baronesa lo comprendió así.

Su marido ponía empeño en mostrarle á su amante arruinado por completo y sostenido únicamente gracias á la fortuna de una mujer á quien engañaba, y de una suegra irritada que procuraba un rompimiento inmediato.

Tanto hizo el barón, que acabó por amedrentar á su mujer, temiendo verse comprometida en una catástrofe que la pintaba como inminente; y sólo pensó ya en el medio de recobrar sus cartas, que pudieron ir á parar algún día á manos indiscretas.

Mejor que nadie sabía cuál era aquel entresuelo donde también ella había dejado recuerdos.

Tres días después de la entrevista del marqués con la señora de Peyral se fué á la calle de Lisboa, vestida de oscuro y con la cara cubierta por un velo.

Conservaba aún una llave de la habitación del marqués, y pasó por delante de la portería sin preguntar, como quien sabe adónde va.

El portero, instalado cómodamente en su celda y tranquilo por el buen porte y elegancia de la hermosa rubia, ni aun se movió, continuando la lectura de un folletín, que parecía interesarle en alto grado.

Pasado este escollo, el resto del camino era fácil, y, una vez llegada á la meseta del entre-suelo, la baronesa llamó, deseando ardientemente que no salieran á abrir, como sucedió en efecto. No había nadie, y la irrupción podía hacerse sin el menor obstáculo.

Entró, pues, en la antesala, á la cual daban varias puertas.

La habitación se componía de un salón, un comedor y dos alcobas, y el marqués la había amueblado con exquisito gusto.

Es difícil imaginar un cuarto á la vez más elegante y más confortable, á pesar de sus pequeñas dimensiones. La alcoba principal, sobre todo, era una obra maestra; un nido encantador, cuyos colores artísticos, así como el perfume de que estaba impregnado, provocaban deseos voluptuosos.

La cama, grande y baja; los sillones, la gruesa alfombra y la inmensa piel de oso blanco, en la cual se hubiera podido dormir; la figura de bronce del reloj de sobremesa; los espejos artísticamente combinados; el techo pintado de amorcillos

que se abrazaban entre nubes, y las paredes recubiertas de damasco con rosas, como asimismo las cortinas, formaban un conjunto armonioso en el cual no había una sola nota discordante.

La baronesa lanzó una mirada rencorosa á todos aquellos objetos, testigos de una debilidad que juzgaba estúpida, y, sin perder tiempo, se puso á buscar lo que pretendía recoger.

Estaba decidida á todas las violaciones; pero ¿dónde estaban las cartas? En vano registró todos los rincones del cuarto, abrió los cajones, miró en los armarios: nada.

Corrió al salón, y lo revolvió por completo, sin mejor éxito. Ya empezaba á desesperar, cuando, en otro cuarto, destinado á tocador, descubrió en un rincón bastante oscuro, á causa de las cortinas corridas y las persianas cerradas, un mueblecito, especie de *secretaire*, y el único que le quedaba por registrar; pero estaba cerrado.

Dando vueltas por el cuarto, acabó por descubrir, en una copa de jaspe, y entre varios objetos pequeños, guantes olvidados, sortijas y gemelos de camisa, un llavero, entre cuyas llaves tuvo la suerte de hallar la que buscaba, y abrió con ella el mueble, que encerraba una cantidad fabulosa de recuerdos amorosos.

Tuvo la curiosidad de examinar una á una las muchas fotografías que allí había revueltas sin el menor orden, y leyó las impresiones del marqués acerca de los originales que había tenido el capri-

cho de anotar, y algunos de los cuales no eran galantes. La mayoría de los retratos sólo tenía una fecha, y por fin, después de repasar toda la colección, algunos de cuyos ejemplares conocía, lanzó un suspiro de satisfacción, murmurando:

—¡Al fin!

Acababa de encontrar su propio retrato.

Pero su alegría fué de corta duración, y de pronto arrugó el entrecejo. En el revés del retrato dado á su amante en un momento de exaltación, acababa de leer algunos renglones que fijaban las impresiones del marqués.

«Hermosa como el día, fría como el Spitzberg, enamorada de sí misma, é incapaz de inspirar un capricho de más de cuarenta y ocho horas. Buena para el diario de un hombre de negocios, burgués mezquino. Sólo conoce de la depravación el deseo, y del amor el nombre. Encantada de tener rentas. No haría dinero en la plaza».

Y debajo una fecha: 15 de Enero de 1887.

La baronesa estaba lívida de coraje, tanto más cuanto que, al lado de su retrato, encontró otra con la siguiente nota:

«El propio amor: la mujer ideal que nunca se olvida».

—¡La señora de Peyral!—murmuró.—¡También ella!!!—y le ahogaba la indignación. Es fácil de suponer su despecho y su furor después de la sangrienta herida que había recibido su amor propio,

Veía y juzgaba, no sin razón, que aquel amante á quien había sacrificado su orgullo de mujer recta la pagaba con extraña ingratitud, y se veía burlada, blanco de sus sarcasmos, no solamente secretos, sino públicos, en las conversaciones con sus íntimas, en las confidencias entre hombres, en que la licencia de la frase llega al cinismo, y un deseo furioso, irreflexivo, de vengarse la acometía ante esta idea: vengarse; sí, pero ¿cómo? La casualidad le proporcionaba el medio y la tenía en su mano.

Los cajones del mueblecito estaban llenos de esas reliquias que siempre es imprudente, y á veces culpable, el conservar: había paquetes de cartas, retratos, cintas arrugadas, flores secas, recuerdos de todas clases: era un verdadero cementerio del amor, en el cual encontró sin trabajo sus propias cartas, más blancas que las demás. Debía haber sido uno de los últimos caprichos del marqués.

Reconoció en el acto su papel perfumado aún con la suave esencia que ella usaba, y leyó apresuradamente aquellas cartas, en las cuales se asombraba de encontrar aún las huellas de una fiebre tan pasajera. Era preciso destruirlas, único objeto de su visita, y estaba bien pronto cumplido.

El papel satinado ardía en la chimenea, se cubría de mil chispas, se puso negro como las tinieblas, y después gris, del color de la ceniza, volando por fin, tela impalpable arrastrada por una corriente de aire casi insensible,

La destrucción era completa, y la baronesa Nollet acababa de recobrar el derecho de marchar con la cabeza alta y no bajar su frente ante nadie, pudiendo negar una debilidad de la cual no quedaba prueba alguna.

Esto era bastante para su seguridad, pero insuficiente para su rencor. Se aseguró de que las cartas, entre las cuales estaban las suyas, eran también cartas de amor, é hizo con ellas un paquete, mezclándolas unas con otras; añadió una porción de retratos tomados á la casualidad, sin pararse á escoger, y lo encerró todo junto en un gran sobre, escribiendo sobre él, con letra fingida, esta dirección: *Señora de Savignat*.

Hecho esto, cerró el mueble con cuidado, arrojó las llaves á la ceniza de la chimenea, honró con una última mirada aquel tocador que sólo le recordaba una vergüenza y una decepción, y salió, sin dejar más huella de su paso que la llavecita dorada que recibió del marqués, bien á la vista, en la copa de jaspe, como señal de ruptura: era su tarjeta.

Volvió á pasar por delante del portero, entretenido aún en la lectura del periódico, y en la esquina de la calle de Bacelay vió un mozo de cuerda, al cual entregó el paquete y una pieza de cinco francos.

—Lleve usted esto en seguida—le dijo:—es importante, y se lo entregará usted á la señora en propia mano: no tiene contestación.

El buen hombre, encantado de la propina, echó á correr, y la baronesa se fué al boulevard Malesherbes, á casa de una de sus amigas, para justificar su ausencia, que había sido corta.

No sintió el menor remordimiento por su acción, y la sola idea que bullía en su cabeza era ésta.—Quiero que el señor de Avoise sepa que es á mí á quien debe sus disgustos.—Vengarse no era nada, si el marqués no reconocía de qué mano recibía el golpe. El orgullo de la baronesa, su vanidad de mujer ultrajada, le sugerían las ideas más feroces. Ningún castigo le parecía bastante para aquel amante pérfido que la juzgaba tan mal, y puede asegurarse que, si hubiera tenido el poder de un señor feudal y al marqués en sus manos, no habría tormento que no le aplicase, ni cepo ni mazmorra bastante horrible para expiar el crimen de haber escrito aquellas frases insultantes que le hacían subir la sangre al rostro como una bofetada: «Buena para el diario de un burgués. No haría dinero en la plaza».

Este descubrimiento debía, al menos, tener un efecto seguro. La baronesa Nollet estaba curada para toda su vida de la tentación de recurrir á nuevas experiencias, pero iba á ser vengada más cruelmente de lo que suponía, ni tal vez deseaba.

Quando el mozo, cargado con su paquete, más peligroso que un cartucho de dinamita, se presentó en la puerta del hotel Savignat, el portero ha-

blaba en la entrada con el confidente de la *patrona*.

Lorenzo no estaba satisfecho del resultado de sus pesquisas. En los dos días que hacía que vigilaba al marqués, encargo que sólo había aceptado por complacer á una mujer á quien no se atrevía ni quería negar nada, y también, preciso es confesarlo, por antipatía hacia el yerno, á quien acusaba, no sin motivo, el fiel servidor de las desgracias de la casa, no había sorprendido ni el más ligero indicio que pudiera interesar á la *patrona*.

En vano había tomado un *simón* con un buen caballo para no perder de vista ni un momento la berlina del amo: nada sospechoso había observado.

El marqués había entrado en varios clubs, había pasado una noche en un gran casino de extranjeros, situado en la plaza de la Ópera. Una mañana había hecho una visita en la calle de Lisboa, pero sin pasar de la portería, para almorzar después con algunos amigos, todos hombres, en el Café Inglés.

Tal era el resultado conseguido por el antiguo dependiente, y no había, seguramente, sobre qué fundar una queja, por mucho que se deseara.

Á pesar de eso, Lorenzo, aunque algo desalentado, esperaba ojo ávizor, dispuesto á seguir su obra con tanto celo como poca fortuna.

Cuando se presentó el mozo, preguntando con

marcado acento del país:—¿La señora de Savignat?—el mayordomo sonrió.

El acento de la Auvernia era como una emanación de las montañas en que vivía antes de venir á París, llamado por su compatriota el antiguo albañil.

—¿Usted es de allá, amigo?

—Sí que soy; ¿y usted?

—También yo.

No se necesita más para trabar conocimiento entre paisanos.

—¿Qué quiere usted?—le preguntó.

—Entregar á la señora este paquete.

—Démelo usted.

—Es que me han encargado que lo entregue en propia mano, y debe ser importante, porque la persona que me lo entregó me ha pagado muy bien la comisión.

—¡Diablo! ¿Y quién es esa persona?

El mozo no era menos discreto que otro cualquiera; pero con un paisano es diferente; así es que contestó:—Una señora rubia, muy guapa y muy bien vestida.

Lorenzo tomó el paquete y lo acercó á la nariz.

—Huele bien—dijo muy intrigado.—Venga usted.

Y llevó á su compatriota por la gran escalera monumental, de roble macizo y ancha como un salón.

—¡Qué hermoso es esto!—dijo el mozo.—¿Es también del país esa señora Savignat?

—Sí.

El mozo se dió una palmada en la frente, diciendo:

—Ya caigo: es la señora Savignat de Pontgi-baud. Soy del mismo cantón.

—Justamente.

—He oído hablar de ella.

—¡Ya lo creo!—dijo Lorenzo con legítimo orgullo.

—¿La señorita se casó con un marqués?

Lorenzo no contestó; el matrimonio en cuestión no era el mejor florón de la corona de sus amos.

Un momento después hizo entrar á su paisano en el gabinete de su señora, que estaba de pésimo humor. Había contado con algún cambio en la conducta de su yerno y alguna señal de arrepentimiento á consecuencia del nuevo sacrificio que acababa de hacer y de la dura lección que había recibido; pero el marqués continuaba su vida habitual sin la menor modificación, y estaba tan alegre, tan burlón y tan dispuesto á abandonar la casa como si nada hubiese ocurrido.

Ni había tratado de desenfadar á Elena, ni de franquear la puerta que le cerraba, á su pesar tal vez.

La casa estaba tranquila, pero en un estado de paz armada que se extendía hasta á los criados.

El cochero y el ayuda de cámara del marqués miraban de reojo á los servidores de las señoras, y en el fondo se consideraban superiores á los an-

tiguos criados de los Savignat, que no tenían las maneras ni el estilo tan correcto como los del marqués.

La *patrona* acogió á su compatriota con una mirada dura, considerando un instante al mozo, que, en su opinión, debía traer alguna mala noticia.

Desde el casamiento de su hija no estaba acostumbrada á recibir otras.

—¿Qué ocurre?—preguntó secamente.

—Un paquete que me han encargado que entregara á usted en persona.

—¿Quién?

—Una señora joven.

—¿Dónde?

—En la calle de Lisboa.

Lorenzo aplicó el oído, y la *patrona* siguió su movimiento. El marqués había ido la víspera á aquella calle.

—¿No conoce usted á la señora?

—No.

—¿Y no se equivoca usted? ¿No será para el marqués de Avoise el paquete?

—No, señora: es para usted.

La suegra comprendió instintivamente que se trataba de su yerno. ¡¡¡Alguna reclamación tal vez!!!

Rompió el sello y vió con sorpresa salir del sobre una porción de cartas y retratos de mujeres. Era, por lo menos, extraño, y le pareció inútil tratar de penetrar aquel misterio delante del mozo.

—¿No tiene contestación?—preguntó.

—No, señora de Savignat.

—¿Me conoce usted?

El mozo sonrió amablemente.

—Soy del país—dijo:—del cantón de Pongibaud.

—¿Le han pagado á usted?

—Sí, señora.

—Tome usted una pequeña gratificación—dijo poniéndole cuatro duros en la mano.—(Adivinaba que los papeles que traía valían mucho.)—Y si más adelante necesita usted algo, acuda á mí. Puede usted retirarse.

Cuando la viuda se quedó sola, empezó á hojear con anhelo—como la baronesa—aquella correspondencia acusadora que le deparaba la casualidad.—Venganza de mujer—pensó.

Algunas de las cartas conservaban aún el sobre, y en él la dirección: «Señor marqués Gaetano de Avoise, calle de Lisboa».

Las había de todos los estilos, desde el de la señora de sociedad con sus giros elegantes, hasta la prosa de la vulgar horizontal que pide uno de esos préstamos que rara vez se obtienen y nunca se devuelven.

Al cabo de un instante rechazó, hastiada, aquella correspondencia libre, y á veces cinica, enriquecida con el retrato de las autoras, diciendo: Peyral es quien debe examinar esta basura.

Miró al reloj, que señalaba las siete menos cuarto, hora de la comida, cuando se abrió la puerta, en-

trandola marquesa, que fué á abrazar á su madre.

Con un movimiento rápido cogió ésta los papeles y los encerró en un cajón del *secrétaire*, del cual quitó la llave.—Lo haré mañana—pensó.

—¿Qué haces ahí?

—Nada bueno.

Los de Peyral comían en el hotel, y el marqués se excusó pretextando una invitación que no podía rehusar; pero llegó á las diez, muy preocupado al parecer.

Mientras que Elena tocaba en el piano una sonata de Mozart, que el abogado escuchaba con atención, recostado en el respaldo de una butaca, se acercó el marqués á la señora de Peyral y la dijo rápidamente al oído:

—Es preciso que vea á usted mañana á las dos en la calle de Lisboa: nos amenaza un gran peligro: no tema usted nada de mí.

En el mismo instante decía al abogado la señora de Savignat:

—Mañana á las nueve en su despacho.

—¿Hay alguna novedad?—preguntó él.

—Sí.

—¿Cuál?

—Cosas que asombrarán á usted.

—¡Está bien!—contestó simplemente.

Y la joven marquesa pensaba, observándoles con disimulo:

—¿Qué les pasa esta noche y por qué tantos misterios?